

# **SUR.**

## ***Breve informe de la Expedición Yelcho al Polo Sur (1909-1910) \****

**Cuento por Ursula K. Le Guin\*\*  
Traducción de Susana E. Matallana Peláez\*\*\***

Si bien es cierto que no es mi intención publicar este relato, creo que estaría bien si algún día mi nieto o el de alguien más, por casualidad lo descubre, de modo que lo guardaré junto con el traje de bautizo de Rosita, el sonajero de plata de Juanito, mis zapatos de matrimonio y mis finneskos,<sup>1</sup> en el baúl de cuero del desván.

Para llevar a cabo una expedición es indispensable dinero, y claro, su consecución no es nada fácil; es una lástima que no pueda mencionar el nombre del desinteresado mecenas, noble benefactor, sin el cual nuestro ambicioso proyecto de la Expedición del Yelcho no hubiera pasado de ser una ilusión lisonjera. Incluso, me apena saber que mi relato terminará en un baúl olvidado en una buhardilla de un tranquilo barrio de Lima.

Nuestro equipaje era el mejor y el más moderno, las provisiones abundantes y finas, la embarcación —un barco de la Fuerza Naval chilena— con sus intrépidos oficiales y su avezada tripulación había recorrido en dos ocasiones medio mundo por nuestra culpa, y todo, gracias al benefactor de quien nuevamente debo abstenerme de mencionar el nombre, pero a quien estaré eternamente agradecida.

Cuando niña leí una noticia de periódico sobre el viaje del *Bélgica*, el cuál zarpó de Tierra del Fuego hacia el Sur y fue cercado por los glaciares en el Mar de Bellingshausen, quedando a la deriva durante un año. La tripulación a bordo padeció

inanición y conoció el espanto de la oscuridad de un invierno sin fin. Leí y volví a leer este relato y posteriormente con gran entusiasmo las crónicas del rescate del Dr. Nordenskjold, a manos del intrépido capitán Irizar a bordo del *Uruguay* desde las Islas Shetland del Sur.

También leí las aventuras del *Scotia* en el Mar de Weddell. Sin embargo, éstas eran apenas abre bocas comparadas con las hazañas de la Expedición Nacional Británica a la Antártica a bordo del *Discovery* entre 1902 y 1904 y el fabuloso relato del capitán Scott.<sup>2</sup> Solicité el libro a Londres y lo leí una y otra vez; despertó en mí el deseo de ver con mis propios ojos aquel insólito paraje, Última Thule<sup>3</sup> del Sur que figura en los mapas y el globo terrestre como una nube blanca, deshabitada, bordeada a trechos de fragmentos de playa, dudosos cabos, islas ficticias, promontorios que quizás no existen: la Antártica. Mi deseo era tan puro como la blancura de las nieves polares: conocer y ver, nada más, nada menos.

Los descubrimientos científicos del capitán Scott me inspiran un profundo respeto y he leído con apasionado interés las investigaciones de físicos, meteorólogos, biólogos, etc.; pero, sin una formación científica y sin ninguna posibilidad de acceder a ella, mi ignorancia me llevaba a renunciar a cualquier idea de sumarme al grupo de sabios atraídos por la Antártica. Esta circunstancia afectaba

\* "SUR. A summary report of the Yelcho expedition to the Antarctic, 1909-1910". Apareció publicado por primera vez en la revista *New Yorker*, el 1º de febrero de 1982. La palabra SUR aparece en español en el original. (<http://www.newyorker.com/ar>)

\*\*Escritora norteamericana, famosa por sus obras de ciencia ficción y fantasía, en las cuales el tema de género ocupa una posición central. Ganadora de los premios Hugo y Nébula que la catapultaron a la fama.

\*\*\* Profesora de la Escuela de Ciencias del Lenguaje de la Universidad del Valle. Doctora en Estudios de Género de la Universidad de Rutgers, en New Jersey.

<sup>1</sup> Botas en cuero de reno.

<sup>2</sup> Robert Falcon Scott (1868-1912), oficial naval británico y explorador de la Antártica; dirigió una expedición en la zona del Mar de Ross, entre 1901 y 1904.

<sup>3</sup> Isla imaginaria en el norte de Bretaña, que para los antiguos geógrafos delimitaba el fin del mundo.

por igual a los miembros de mi expedición. Era de lamentar; pero no había nada que pudiéramos hacer al respecto. Nuestra meta se limitaba a la observación y a la exploración. Esperábamos llegar tal vez un poco más lejos, ver algo más; y si no, sencillamente ir y ver: una ambición sencilla, y creo que esencialmente modesta.

No obstante, no hubiera pasado de una tímida pretensión, una ilusión vacua, de no ser por el apoyo y entusiasmo de mi estimada prima y amiga Juana (no me valgo de apellidos, pues si este relato cayera en manos extrañas se tornaría en disgusto o embarazosa notoriedad para padres o maridos desprevenidos). Había prestado a Juana mi copia de *El viaje del Discovery* y fue ella quien, mientras caminábamos bajo nuestros parasoles en la Plaza de Armas, después de misa un domingo, en 1908, me dijo: “Bueno, si el capitán Scott puede hacerlo ¿por qué no nosotras?”

Fue ella quien sugirió escribir a Carlota en Valparaíso. Gracias a Carlota, conocimos a nuestro mecenas y merced a éste, obtuvimos el dinero, el barco e incluso el convincente pretexto de asistir a un retiro en un convento boliviano, al cual, algunas de nosotras tuvimos que recurrir (en tanto que las demás dijeron ir a París para la temporada de invierno). Y también fue ella, quien en momentos de confusión, se mantuvo firme en la determinación de llevar a cabo nuestro propósito.

Hubo momentos difíciles, especialmente en los primeros meses de 1909, cuando creí que la Expedición se convertiría en un montón de pemmican<sup>4</sup> que iría a parar a la basura o en un nostálgico recuerdo. ¡Fue una ardua tarea reunir nuestra fuerza expedicionaria! Sólo unas pocas de las que invitamos sabían de qué estábamos hablando. La mayoría pensó que éramos perversas, que estábamos locas o las dos cosas. Y entre las pocas que compartían nuestra osadía, aún menos lograron, llegado el punto, abandonar sus deberes cotidianos para comprometerse a realizar una travesía de al menos seis meses que implicaba incertidumbres y peligros considerables. Un pariente achacoso, un esposo acosado por las preocupaciones de negocios, un niño al cuidado de criados analfabetas

e incompetentes, eran responsabilidades demasiado serias para dejar de lado. Y aquellas que pretendían eludir tales compromisos, no eran la clase de compañía que queríamos para tan pesada empresa, llena de riesgo y privaciones.

Pero si nuestros esfuerzos vieron su fruto, ¿para qué detenerse en los reveses y las dilaciones o las artimañas y mentiras que todas tuvimos que emplear? Evoco con nostalgia aquellas amigas que querían acompañarnos y que no pudieron hacerlo, pese a las artimañas. Aquellas que debimos dejar atrás, abandonadas a una vida sin peligros, sin incertidumbres, sin esperanza.

Los miembros de la Expedición nos encontramos por primera vez el diecisiete de agosto de 1909, en Punta Arenas, Chile: Juana y yo del Perú; Zoé, Berta y Teresa de la Argentina; y las chilenas, Carlota y sus amigas, Eva, Pepita y Dolores. A última hora, supe que el esposo de María se hallaba enfermo en Quito y que ella debía cuidarlo, así que en lugar de diez éramos nueve. En realidad, nos habíamos resignado a la idea de que sólo seríamos ocho, cuando al anochecer, la indoblegable Zoé atraco en una diminuta piragua piloteada por nativos; su yate había presentado una fuga de combustible, justo al entrar al Estrecho de Magallanes.

Aquella noche, antes de zarpar, mientras ingeríamos una abominable cena en una abominable posada en el puerto marítimo de Punta Arenas, empezamos a conocernos y acordamos que de presentarse una eventualidad de inminente peligro, en la cual una sola voz debía acatarse sin objeción, el dudoso honor de pronunciarla con esa voz de mando recaería primero en mí; y si estuviera imposibilitada, sobre Carlota, y si ella no pudiese; entonces, sobre Berta.

Las tres, autodenominadas “La Inca Suprema,” “La Araucana” y “La Tercera Oficial,” hicimos luego un brindis en medio de risas y aplausos. Sin embargo, para mi complacencia y respiro, mis cualidades de “líder” jamás fueron puestas a prueba. Las nueve actuaríamos de común acuerdo, de principio a fin, sin que nadie diera órdenes y sólo en dos o tres ocasiones recurrimos a votaciones de viva voz o a mano alzada. Es cierto que discutimos bastante, pero también es cierto que disponíamos de tiempo para hacerlo; por otra parte, las

<sup>4</sup> Comida tradicional que preparaban los indígenas de Norteamérica a base de carne y frutas deshidratadas.

deliberaciones siempre terminaban en decisiones que se reflejaban en acciones. Por lo general, al menos una de nosotras objetaba la decisión tomada, a veces con vehemencia. ¿Pero qué es una vida sin confrontaciones y sin la posibilidad ocasional de decir – Te lo advertí? ¿Cómo soportar las labores del hogar o del cuidado de los niños o los rigores de las travesías en trineo en la Antártica sin chistar? A los oficiales, lo supimos después a bordo del *Yelcho*, se les prohíbe refunfuñar; pero, nosotras nueve éramos, por naturaleza y educación, sólo tripulantes.

Aunque el trayecto más corto al sur del continente, por sugerencia del capitán de nuestro navío, era a las islas Shetlands del Sur y al Mar de Bellingshausen o, quizá a las islas Orkneys del Sur en el Mar de Weddell, decidimos navegar hacia el occidente, hacia el Mar de Ross que el capitán Scott había explorado y descrito, y desde el cual el valeroso Ernest Shackelton<sup>5</sup> había regresado tan sólo el otoño pasado. Se sabía más de esta región que de ninguna otra parte de la costa Antártica. Si bien no era mucho, brindaba una relativa tranquilidad a la tripulación del barco a la que no nos sentíamos con derecho a poner en peligro. El capitán Pardo coincidió con nuestras apreciaciones después de revisar la carta de navegación y nuestro itinerario; de manera que, navegando hacia el oeste, salimos del estrecho a la mañana siguiente.

Nuestra travesía alrededor de la mitad del mundo contó con suerte. El pequeño *Yelcho* avanzaba alegremente bajo los vendavales y relámpagos, sorteando las impetuosas olas del Océano Antártico. Juana, que se había enfrentado a los toros y a las más peligrosas vacas en la estancia<sup>6</sup> de la familia, llamaba al barco “la vaca valiente”<sup>7</sup> porque siempre volvía a embestir las olas. Una vez superado el mareo, todas disfrutamos del viaje en barco, aunque a veces nos abrumaban la amabilidad y excesiva diligencia del capitán y sus oficiales que creían que sólo estábamos “a salvo” cuando nos hallábamos en los diminutos camarotes que tan caballerosamente habían desalojado para nosotras.

Avistamos el primer iceberg mucho más al sur de lo esperado y lo festejamos con champaña Viuda Clicquot al momento de cenar. Al día siguiente, entramos en un banco de hielo formado por bloques de hielo flotantes que se desprenden del casquete polar y de los mares congelados en el invierno de la Antártica y que viajan hacia el norte en la primavera. Pero la suerte nos sonreía: nuestro pequeño buque de vapor, a pesar de su casco de metal sin reforzar se abrió paso entre el hielo, sorteando el paso sin vacilación y en el tercer día nos encontramos al otro lado del banco de hielo en el que muchos barcos lidiaban semanas enteras, obligados por último, a regresar. Ahora, delante de nosotros, yacían las aguas oscuras del Mar de Ross y más allá, en el horizonte, el tenue brillo que reflejaba la blancura de la nieve del gran glaciar Barrier.

Al ingresar al Mar de Ross, un poco hacia el este, en la posición 160° de longitud oeste, divisamos el Barrier, en el sitio donde el grupo del capitán Scott encontró una ensenada en el muro infinito de hielo, donde bajaron a tierra y lanzaron su globo de gas hidrógeno para efectuar un reconocimiento del área y tomar fotografías. El perfil imponente del Barrier, sus acantilados escarpados y cavernas buriladas por aguas violáceas correspondían a sus descripciones, pero el entorno había cambiado. En lugar de un fiordo estrecho, había una bahía amplia poblada de hermosas y maravillosas ballenas orca, jugando y creando surtidores de agua, a la luz del sol de aquella brillante primavera polar.

Por lo visto, después de la travesía del *Discovery* en 1902, masas de hielo que cubrían extensas zonas se habían desprendido del Barrier (que, al menos en una vasta extensión no quedaba sobre piso firme, sino que flotaba a la deriva). Lo cual nos obligó a reconsiderar el sitio que habíamos escogido para acampar en el Barrier; mientras decidíamos que opción tomar, le pedimos al capitán Pardo navegar hacia el oeste en dirección de las islas Ross y McMurdo Sound. Puesto que el mar estaba en calma y libre de bloques de hielo, estuvo de acuerdo en hacerlo; de modo que cuando avistamos la columna de humo del Volcán Erebus, lo festejamos consumiendo la otra media caja de Viuda Clicquot.

El *Yelcho* ancló en la Bahía Arrival y llegamos a tierra en el bote del barco. No acierto a describir la

<sup>5</sup>Sir Ernest Shackelton (1874-1922), explorador británico de la Antártica, miembro de la expedición de Scott.

<sup>6</sup>Finca ganadera

<sup>7</sup>Vaca de raza pura

emoción que sentí cuando mis pies tocaron suelo, esa tierra estéril de guijarros congelados al pie de la montaña volcánica. Me invadieron el júbilo, la ansiedad, la gratitud, el temor, la intimidad. ¡Sentí que por fin estaba en casa! Enseguida ocho pingüinos Adélie nos recibieron con alborozada algarabía acompañada de evidente inconformidad. ¿Dónde diablos estaban? ¿Por qué tardaron tanto? La cabaña se encuentra siguiendo este sendero. Por favor no se desvíen. ¡Cuidado con las piedras! Insistieron en que fuésemos al lugar conocido como “Punta Cabaña,” en donde el equipo del capitán Scott había construido una enorme estructura que se levantaba tal como aparecía en las fotografías y láminas que ilustran su libro. Sin embargo, el lugar era desagradable – una suerte de camposanto cimentado con pieles y huesos de foca, osarios de pingüinos y desperdicios, ambientados por el enloquecedor bullicio de las gaviotas. Nuestros singulares acompañantes, contoneándose como patos, atravesaron inmutables el matadero y uno de “ellos” me mostró personalmente la entrada aunque no quiso cruzarla.

El interior de la cabaña era menos agresivo, pero igualmente desolador. Cajas de provisiones arrumadas en una especie de cuarto dentro del recinto; nada de lo que había imaginado correspondía al momento en el cual, el personal del *Discovery* montó su espectáculo de juglares y melodramas en la larga noche de invierno (Poco después, nos enteramos de que Sir Ernest la había reacondicionado considerablemente, cuando estuvo allí, un año antes que nosotras). Estaba abandonada y sucia por doquier. Había una libra de té en lata destapado, latas de carne vacías y dispersas aquí y allá, galletas regadas por el suelo, excrementos de perro en el piso, naturalmente congelados, pero no mucho más agradables por ello. No cabe duda de que los ocupantes debieron salir de prisa, quizás bajo una tormenta. Aún así, debieron tapar la lata de té. Pero el orden y el aseo de la casa, el arte del infinito, no se improvisa.

A Teresa se le ocurrió que empleáramos la cabaña como campamento. Zoé, por el contrario, insinuó que le prendiéramos fuego. Finalmente, tras cerrar la puerta, la dejamos tal como la habíamos encontrado. Los pingüinos parecían dar muestras de

complacencia y nos ovacionaron hasta que llegamos al bote.

El estrecho de McMurdo Sound se hallaba descongelado y el capitán Pardo propuso, entonces, que abandonáramos la Isla Ross y navegáramos hasta Campo Victoria en donde podríamos acampar al pie de las Montañas del Oeste en territorio seco y firme. Pero esas cumbres, con sus cúspides borrascosas y nubladas y sus encrucijadas y glaciares, se veían tal como el capitán Scott las había descrito en su exploración al occidente y ninguna de nosotras quiso buscar refugio en ellas.

A bordo del barco esa noche decidimos regresar y establecer nuestra base, tal como lo habíamos proyectado en un comienzo, en el Barrier mismo; pues todos los informes de que disponíamos indicaban que la ruta más expedita hacia el sur consistía en cruzar el nivel del Barrier, hasta que pudiéramos ascender uno de los estrechos que comunican a la vasta meseta que surge para formar el grueso del continente. El capitán Pardo rechazó con vehemencia nuestro plan, preguntándonos ¿qué sería de nosotras si el Barrier “pariera”? – es decir, si el casquete de hielo en el que estábamos paradas se desprendiera y derivara hacia el norte. – Bien –, exclamó Zoé, –entonces no tendrá que ir muy lejos a buscarnos –. Pero fue tan persuasivo, que él mismo acabo cediéndonos uno de los botes del *Yelcho* para que cuando acampáramos, sirviera de escape. Más tarde el bote resultó ser de gran utilidad para pescar.

Mi primera incursión en territorio de la Antártica, mi única visita a la Isla Ross, no fue solo placer. Evoqué dos versos del poeta inglés:

He aquí que todos los caminos encantan  
Sólo el Hombre es vil.<sup>8</sup>

Pero también es cierto que la otra cara del heroísmo suele ser triste. Las mujeres y la servidumbre lo saben. También saben que no por ello es menos real. Y la gloria es más pequeña de lo que los hombres creen. Inmensos son el cielo, la tierra, el mar y el espíritu. Esa noche mire hacia atrás mientras el buque navegaba hacia el este. Era septiembre y teníamos diez o más horas de luz. El

<sup>8</sup>Del “Himno de La Montaña Nevada de Groenlandia” del Obispo Reginald Heber (1783-1826)

ocaso de la primavera se proyectaba sobre los tres mil seiscientos metros del pico del Erebus y relucía oro y rosa a través de su larga columna de humo. El vapor de nuestra pequeña caldera se tornaba azul en el agua crepuscular mientras nos deslizábamos por la imponente y pálida pared de hielo.

De regreso a “Bahía Orca” – años después, nos enteramos que Sir Scott Ernest la había llamado la Bahía de las Ballenas – encontramos una ensenada apacible a orillas del Barrier suficientemente accesible para atracar. El *Yelcho* tiró su ancla al hielo; y luego los largos días siguientes fueron de arduo trabajo, descargando y montando el campamento sobre el hielo, a quinientos metros de la orilla, labor en la cual la tripulación del *Yelcho* nos prestó una valiosísima colaboración. Aunque aceptamos su ayuda agradecidas, recibimos sus consejos con algo de escepticismo.

Hasta ese momento, el clima había estado extraordinariamente moderado para ser primavera en esa latitud; la temperatura no había bajado de los 9.5° centígrados bajo cero y apenas si sopló una ventisca mientras montábamos la base. No obstante, el capitán Scott se había referido con viva emoción a los vientos gélidos del sur en el Barrier, factor que ya habíamos considerado. Como nuestro campamento se hallaba expuesto a todos los vientos, no construimos ninguna estructura rígida en la superficie. Alzamos tiendas de protección mientras cavábamos hileras de nichos en la nieve, aislados con heno, revestidos de pino y techados con lona sobre varas de bambú que luego recubríamos de nieve, a fin de sortear las ventiscas y aislarnos del frío.

De inmediato, el cuarto principal fue bautizado Buenos Aires por nuestras argentinas, para quienes el centro, donde quiera que se encuentren, es siempre Buenos Aires. La cocina y la calefacción se hallaban en Buenos Aires. La cámara de almacenamiento y el baño (llamado Punta Arenas) obtenían calor de la estufa. Los cubículos donde dormíamos, que comunicaban al salón Buenos Aires, eran muy estrechos, meros tubos en los que primero deslizábamos los pies; estaban recubiertos de heno y se calentaban de inmediato con el calor del cuerpo. Los marineros los llamaban “ataúdes” o “capullos de gusanos” mientras contemplaban con horror nuestros agujeros en el hielo. Pero

esas madrigueras o conejeras funcionaban a la perfección, permitiéndonos tanto calor y privacidad como razonablemente se podía esperar en esas circunstancias. Si el *Yelcho* fuese incapaz de atravesar el hielo en febrero y nos viésemos obligadas a pasar el invierno en la Antártica, desde luego que podríamos hacerlo, aunque con víveres muy racionados. Para el verano siguiente, nuestro campamento base – América del Sur Sur que generalmente llamábamos la Base – era sólo un lugar para dormir, guardar provisiones y resguardarnos de las ventiscas.

No obstante, para Berta y Eva era más que un refugio. Ellas eran sus principales artífices y arquitectas, sus más ingeniosas excavadoras y sus moradoras más diligentes y divertidas. Siempre ingeniándose e innovando algo en el sistema de ventilación, estudiando cómo crear tragaluces o añadiendo un nuevo cuarto a la serie de habitaciones enclavadas en el hielo. Gracias a ellas, las provisiones estaban a mano, la estufa encendía y calentaba con eficiencia y Buenos Aires era un emporio de comodidad y bienestar en donde nueve personas cocinaban, comían, trabajaban, conversaban, discutían, refunfuñaban, pintaban, tocaban guitarra y banjo y cuidaban de la colección de libros y mapas de la expedición. Vivíamos en franca cordialidad y si alguien quería estar a solas, sencillamente se deslizaba en su trinchera con el cuerpo de cabeza.

Berta fue un poco más lejos. Cuando había hecho todo lo posible por hacer de América del Sur Sur un lugar habitable cavó una celda más, justo debajo de la superficie congelada, dejando una lámina de hielo casi transparente, semejante al techo de un invernadero; y allí, a solas, se dedicó a labrar esculturas. Eran formas espléndidas, muchas de ellas combinaciones de una figura humana mezclada con los sutiles contornos y volúmenes de la foca de Weddell; otras, tenían forma de cornisas y grutas de hielo. Quizás, todavía se preserven bajo la nieve en la burbuja del Gran Barrier. Allí donde ella las esculpió podrían permanecer tanto tiempo como una roca. Pero no pudo llevarlas consigo al norte, ese es el precio por esculpir el agua.

El capitán Pardo estaba renuente a marcharse, pero sus órdenes no le permitían quedarse en el Mar de Ross indefinidamente. De manera que al fin, con



muchas ordenanzas para nosotros – permanecer quietas, no realizar caminatas, no tomar riesgos, tener cuidado de no congelarnos, no utilizar herramientas punzantes, estar atentas a las hendiduras en el hielo – y su sentida promesa de regresar a Bahía Orca el veinte de febrero o en fecha tan cercana a esta como el viento y el hielo lo permitieran, el buen hombre se despidió y su tripulación nos regaló con un adiós jubiloso mientras levantaban ancla. Esa noche en el extenso crepúsculo naranja de octubre, vimos el mástil del *Yelcho* desaparecer en el horizonte norte del círculo polar, abandonándonos en medio del hielo y el silencio del Polo Sur.

Aquella noche empezamos a planear la travesía hacia el Sur. El mes transcurrió en medio de cortas prácticas de exploración y ubicación estratégica de alimentos a lo largo de la ruta. La vida que habíamos llevado en casa, aunque también era exigente, no nos había capacitado para enfrentar la tensión que generaban los recorridos en trineo a diez o doce grados bajo cero. Requeríamos de todo el entrenamiento posible antes de atrevernos a emprender un proyecto largo.

La excursión más larga que emprendí fue con Carlota y Dolores al suroeste, hacia el Monte Markham y fue una verdadera pesadilla, sembrada de ventiscas, riscos de hielo a presión,<sup>9</sup> grietas, cero visibilidad al llegar a las montañas; y de regreso, nieve y sastrugi.<sup>10</sup> El viaje fue no obstante provechoso pues nos permitió medir nuestras capacidades. Asimismo, logramos depositar estratégicamente nuestros pesados víveres cada 160 y 220 kms. En dirección sso (sur-suroeste) de la Base.

A partir de entonces, otros grupos avanzaron más lejos, hasta que dispusimos de montones de pedruscos de nieve y depósitos de provisiones en hilera que alcanzaban la latitud 83° 43', en donde Juana y Zoé, en un viaje de exploración descubrieron una especie de gruta de hielo que desembocaba sobre un amplio glaciar con salida al mar. Ubicamos estos depósitos para evitar en lo posible el hambre, que azoló con sus secuelas de miseria y debilidad la Expedición del Sur del capitán Scott. De paso, nos percatamos, para nuestra intensa satisfacción,

que éramos al menos tan buenas para el trineo de tiro como los perros esquimales del capitán Scott. Claro está que no era de esperar que haláramos tan rápido y tanto como sus hombres. Sencillamente fue así porque tuvimos la fortuna de contar con un clima mucho más benévolo que el que ellos habían encontrado en el Barrier; y la cantidad y calidad de nuestros alimentos también supuso una notable diferencia. Estoy segura de que el quince por ciento de las frutas deshidratadas de nuestra dieta contribuyeron a prevenir el escorbuto; y las papas, deshidratadas y congeladas de acuerdo con un método milenario de los Andes, eran más nutritivas, livianas y compactas, una ración perfecta para acarrear en trineo. En todo caso, fue con enorme confianza en nuestras capacidades que finalmente estuvimos preparadas para viajar al Polo Sur.

La caravana “Polo Sur” estaba conformada por dos equipos de trineo: Juana, Dolores y yo; Carlota, Pepita y Zoé. El equipo de aprovisionamiento iría sólo hasta el glaciar, exploraría rutas y dejaría acopios de suministros para nuestro viaje de regreso. Salimos cinco días después de ellas y nos las encontramos de regreso entre los depósitos Ercilla y Miranda (ver mapa). Esa “noche” (desde luego no había oscuridad real), las nueve estábamos juntas en el centro de la meseta de hielo. Era el quince de noviembre, el día del cumpleaños de Dolores. Lo celebramos vertiendo ocho onzas de pisco en el chocolate caliente. Nos pusimos muy contentas y cantamos. Ahora me resulta extraño recordar el sonido de nuestras voces aflautadas en el vasto silencio. Hacía un tiempo nublado y blanco, sin sombras ni visibilidad y nada que resquebrajara el horizonte. No había absolutamente nada que ver. Habíamos arribado a esa región blanca del mar, vacía, y allí, volamos y cantamos como ruiseñores.

Después de dormir y disfrutar de un buen desayuno, el grupo Base continuó rumbo al norte y la comitiva Polo Sur prosiguió en trineo. Enseguida el tiempo aclaró. En lo alto del cielo, las nubes se dirigían vertiginosamente de suroeste a noroeste; pero abajo, en el Barrier reinaban la calma y el frío. Cinco o diez grados bajo cero, lo cual nos aseguraba una superficie suficientemente firme para viajar.

Nunca avanzábamos menos de once millas, diecisiete kilómetros al día, aunque por lo general,

<sup>9</sup> Picos que se forman en los mares de la Antártica debido a las presiones del hielo del mar.

<sup>10</sup> Largas olas en forma de crestas de nieve.

eran quince o dieciséis millas, veinticinco kilómetros a ras de piso. Los instrumentos de medición que teníamos, por ser de fabricación británica, estaban calibrados en pies, millas, grados Fahrenheit, etc., pero a menudo hacíamos la conversión de millas a kilómetros porque los números grandes nos animaban más. Por la época en que dejamos Sur América, sólo sabíamos que el Sr. Shackleton había organizado otra expedición a la Antártica en el año de 1908, que había tratado de llegar al Polo, pero había fracasado y había regresado a Inglaterra ese mismo mes de junio de 1909. Cuando partimos, en Suramérica todavía no se tenía noticia de sus exploraciones, no sabíamos qué ruta había elegido ni qué tan lejos había llegado.

Sin embargo, no nos sorprendió del todo cuando divisamos un diminuto punto negro que ondulaba a lo lejos en la monótona y blanca planicie, bajo los picos de las montañas y el extraño y silencioso vuelo en espiral de las nubes multicolores. Viramos nuestro rumbo al oeste para verlo: era un cúmulo de nieve casi sepultado por las tormentas de invierno con una bandera en una asta de bambú – simple jirón de tela raída. También había una aceitera vacía y unas cuantas huellas que se conservaban intactas varios centímetros por encima del hielo. En ciertas condiciones del clima, la nieve comprimida bajo el peso de alguien se conserva cuando la capa de nieve que la rodea se ablanda o es barrida por el viento; de modo que estas pisadas invertidas habían subsistido todo el tiempo como hormas de madera de zapatería, un espectáculo extraño.

No hallamos más rastros en el camino. En general, creo que nuestra ruta era un poco más al este que la del Sr. Shackleton. Juana, nuestra agrimensora, se había entrenado bien y era precisa y metódica en sus lecturas y observaciones, pero nuestra instrumentación era exigua – un teodolito con trípode, un sextante con horizonte artificial, dos brújulas y cronómetros.<sup>11</sup> Apenas contábamos con un odómetro en el trineo a fin de registrar las distancias recorridas.

De todas formas, fue al día siguiente de haber encontrado la demarcación del Sr. Shackleton, que avistamos por primera vez y con nitidez entre las

montañas del suroeste, el gran glaciar que iba a permitirnos pasar del nivel del mar del Barrier a la meseta, tres mil metros más arriba. El acercamiento fue espectacular: la entrada estaba formada por inmensos domos verticales y pilares de roca. Zoé y Juana habían denominado al incomensurable río de hielo que se deslizaba a través de la entrada, Glaciar Florence Nightingale,<sup>12</sup> haciendo honor a la británica que fuera musa y guía de nuestra expedición. A nuestro modo de ver esta valiente y singular dama representaba lo más selecto y granado de la raza isleña. En los mapas, por supuesto, este glaciar aparece con el nombre que le dio el Sr. Shackleton, el Beardmore.

La ascensión al Nightingale fue dura. La ruta, en principio, estaba despejada y bien demarcada por nuestro grupo de base. Pero, pocos días después, nos encontramos en medio de aterradoras grietas, un laberinto de hendiduras ocultas que oscilaban entre los treinta centímetros y los diez metros de ancho y entre los nueve a trescientos metros de profundidad. Íbamos paso a paso y por el camino siempre empinado. Permanecimos quince días en el glaciar. Al comienzo, el clima estuvo cálido, sobre los 9.5°, y las noches tibias, sin tinieblas, fueron terriblemente incómodas en nuestras estrechas carpas. Todas padecimos más o menos de ceguera por la nieve, justo en el momento en que más necesitábamos una vista nítida para seguir el accidentado camino de hielo en medio de riscos y desfiladeros, y para ver los maravillosos parajes que nos rodeaban. A cada paso surgían ante nuestra mirada hacia el oeste y el suroeste estribaciones, majestuosos picos sin nombre, cumbres sobre cumbres, imponentes riscos y nieves etéreas en un mediodía sin fin.

Dimos nombres a estos picados aunque sin mucha seriedad porque no esperábamos que nuestros descubrimientos llamaran la atención de los geógrafos. Zoé tenía un don especial para ello; de manera que gracias a ella, ciertos croquis en muchos áticos de barrios sudamericanos lucen rótulos tan curiosos como “La Gran Nariz de Bolívar,” “Soy el General Rosas,”<sup>13</sup> “El Hacedor de Nubes,” “¿De es Quién Este Pie?” y “El Trono de

<sup>11</sup>El sextante mide la altitud de las estrellas, el teodolito mide ángulos; los dos se utilizan en agrimensura y navegación.

<sup>12</sup>Florence Nightingale (1820-1910): escritora feminista británica y una de las primeras enfermeras de su país.

<sup>13</sup>Juan Manuel Rosas (1793-1877): dictador argentino.

Nuestra Señora de la Cruz del Sur.” Y cuando por fin llegamos al altiplano, fue Zoé quien bautizó la gran planicie La Pampa, imaginándose que caminábamos entre grandes rebaños de vacas invisibles, ganado transparente pastando en la escarcha de la nieve cuyos gauchos eran los vientos indómitos y hostiles. Todas estábamos para entonces un poco mareadas por el agotamiento, la gran altura de tres mil quinientos metros, el frío y el viento que arreciaban, y las cruces y anillos luminosos alrededor de los soles, porque por momentos había hasta tres o cuatro soles en lo alto del cielo.

Debimos dar media vuelta, pero puesto que habíamos trabajado tan duro, nos pareció que debíamos seguir al menos un trecho más. Una ventisca sopló con muy bajas temperaturas de modo que debimos permanecer en las tiendas dentro de los sacos de dormir por más de treinta horas, descanso que todas necesitábamos, a pesar de que era calor lo que más precisábamos en ese lugar no había más calor que el de la sangre que corría por nuestras venas. Durante todo ese tiempo permanecimos abrazadas las unas a las otras, pues la capa de hielo sobre la que estábamos acostadas tenía tres kilómetros de espesor.

Pronto amaneció, con lo que era muy buen tiempo para la planicie: cinco grados bajo cero y un viento moderado. Las tres salimos de nuestra carpa y nos reunimos con las otras tres. Carlota manifestó que su grupo quería regresar. Pepita se sentía muy mal, pese al descanso después de la nevada, su temperatura no bajaba de los 37°. Carlota tenía dificultades para respirar y Zoé, que se encontraba en perfectas condiciones, prefería permanecer junto a sus amigas, dándoles una mano antes que proseguir hacia el Polo. De modo que vertimos en el chocolate del desayuno las cuatro onzas de pisco que habíamos reservado para la navidad, levantamos las tiendas, equipamos los trineos y partimos bajo la blanca luz del día en de la gélida planicie.

Para ese momento nuestro trineo estaba bastante ligero. Nos apresurábamos al sur. Juana medía a diario nuestra posición. El veintidós de diciembre de 1909 llegamos al Polo Sur. El tiempo estaba como siempre, inclemente. Absolutamente nada opacaba la monótona blancura. Discutimos si debíamos dejar alguna marca o monumento en aquel lugar

desolado: quizás un mojón, algún listón con una bandera, pero no encontramos razón para hacerlo. Cualquier cosa que pudiéramos hacer, lo que fuera que éramos, era absolutamente insignificante en ese terrible lugar. Así que montamos la carpa para abrigarnos durante un rato, preparamos té y luego salimos a 90° en dirección hacia el campamento Base. Dolores, tan paciente como siempre, con su arnés de halar el trineo miró la nieve; como estaba tan congelada que no dejaba ver las huellas que habíamos hecho al llegar, preguntó ¿Hacia dónde?

– Hacia el norte – respondió Juana. Era una broma porque en ese lugar tan excepcional no había otra orientación posible.<sup>14</sup> Sin embargo, nadie rió. Nuestros labios estaban demasiado adoloridos y agrietados por la escarcha como para reírnos. Emprendimos el viaje de regreso mientras el viento a nuestras espaldas nos empujaba, al tiempo que limaba los bordes cortantes de las olas de hielo escarchado.

Toda esa semana la ventisca nos acosó como una jauría de perros furiosos. No puedo describirlo. Quisiera no haber ido jamás. Incluso todavía lo creo así. Pero me siento feliz de no haber dejado ninguna señal allí. Pues si por casualidad un hombre anhelando ser el primero en llegar allí, hubiese descubierto algo, entonces sabría que había sido un tonto y ello le rompería el corazón.

Hablábamos cuando podíamos hablar, de alcanzar el grupo de Carlota ya que tal vez iban más despacio que nosotras. De hecho, ellas habían utilizado su carpa como una vela de barco, y aprovechando el viento a su favor, habían conseguido sobrepasarnos, aunque fueron dejando en diversos sitios montículos de nieve o algún rastro para nosotras. En una ocasión, Zoé escribió en el costado de una sastruga de tres metros igual que los niños escriben en la arena de la playa de Miraflores, “Por aquí!” El que el viento soplara los surcos escarchados hacía las palabras perfectamente legibles. En el preciso instante en que empezamos a descender del glaciar, el tiempo se tornó más cálido y los perros furiosos se quedaron atrás aullando para siempre en el Polo. La distancia que nos tomó quince días subir, la bajamos tan sólo en ocho días. Pero el buen tiempo que nos favoreció descendiendo del Nightingale, se convirtió en

<sup>14</sup> El Polo Sur está a 90° grados de latitud y 0° de longitud.



una verdadera pesadilla en el Barrier, en dónde esperábamos ir fácilmente de un depósito a otro en los últimos tres kilómetros, comiendo a nuestras anchas y tomándonos todo el tiempo del mundo. En un pasaje estrecho del glaciar perdí mis anteojos (en un momento en que quedé colgando de mi arnés sobre una grieta); Juana, por su parte, había roto los suyos tratando de descender un peñasco en busca de la salida. Luego de dos días bajo un sol brillante, con un solo par de gafas de alpinismo que pasábamos de mano en mano, todas estábamos sufriendo de una severa ceguera a causa del resplandor de la nieve. Maniobras como ubicar la señalización o las banderas de los depósitos de provisiones, efectuar observaciones o incluso estabilizar la aguja de la brújula se volvieron extremadamente dolorosas. En el depósito de Concolorcorvo nos dimos por vencidas, deslizándonos en los sacos de dormir con los ojos vendados para sudar como langostas hervidas dentro de la carpa bajo un sol abrasador. Las voces de Berta y Zoé fueron entonces las voces más dulces que yo haya escuchado jamás. Un tanto preocupadas por nosotras, habían esquiado hasta donde estábamos. Nos condujeron a la Base.

Nos recuperamos pronto, pero la meseta nos dejó cicatrices. Siendo una niña, Rosita habría de preguntarme si un perro “había mordido los pies de mamá.” Entonces le contesté que: – Sí – y le hablé de un perro grande, blanco, rabioso, llamado ¡Ventisca! De niños, mi Juanito y mi Rosita escucharían las historias de aquel temible perro y de cómo aullaba y del ganado transparente de los gauchos invisibles y de un río de hielo de dos mil cuatrocientos metros de altura, llamado Nightingale, y, de cómo mi prima Juana tomaba tazas de té parada en el fondo del mundo bajo siete soles y otros cuentos de hadas.

Pero una conmoción más severa nos esperaba cuando por fin llegamos a la Base. Teresa estaba en embarazo. Debo admitir que mi primera reacción al ver el estomago abultado y la mirada tímida de la pobre muchacha fue ciertamente de disgusto, rabia y furia. En una circunstancia semejante, que alguna de nosotras le hubiese ocultado algo – y tamaña cosa – a las otras, me parecía inconcebible. Pero Teresa no había hecho nada de eso. Sólo aquellos que le habían ocultado lo que ella más necesitaba saber eran culpables. Educada por criados, con tan sólo

cuatro años de estudio en un convento, y casada a la edad de dieciséis años, la pobre chica, a los veinte, todavía era tan ignorante que llegó a creer que “el tiempo frío” había sido lo que le había retrasado la menstruación; lo cual no era del todo descabellado. En efecto, en la Travesía al Polo Sur, todas habíamos experimentado cambios o una suspensión completa del periodo, al tiempo que padecíamos un aumento de frío, hambre y fatiga. El apetito de Teresa había empezado a atraer la atención de todas y ella había comenzado dramáticamente a “engordar.” Las demás estaban preocupadas con lo que había trajinado halando el trineo, pero al contrario, floreció y la única preocupación que tuvimos fue su apetito insaciable. A juzgar por lo pocos detalles que con mucha timidez contó sobre su última noche en la hacienda con su esposo, la criatura debía nacer justo por la misma fecha en que abordaríamos el *Yelcho*, el veinte de febrero. Pero no habían transcurrido dos semanas desde nuestro regreso de la Travesía al Polo Sur, cuando, el catorce de febrero, empezó trabajo de parto.

Varias de nosotras teníamos hijos y habíamos cooperado en varios partos; y, de todos modos, lo que hay que hacer en una situación de estas, es casi siempre evidente. Pero un primer parto puede ser prolongado y riesgoso y todas estábamos ansiosas; en tanto que Teresa estaba profundamente aterrorizada. No hizo más que llamar a su José hasta que se puso tan ronca como un págallo.<sup>15</sup> Zoé, finalmente, perdió la paciencia y le dijo: – ¡Por Dios, Teresa, si dices ‘José’ una vez más, espero que des a luz un pingüino! – Pero después de veinte largas horas, tuvo una preciosa bebé de cachetes rosados.

Las ocho tías – comadres – postulamos diferentes nombres para la recién nacida: Polita, Pingüina, McMurdo, Victoria... Pero Teresa después de haber dormido bien y degustado un frugal desayuno de carne y fruta deshidratadas, manifestó: – La llamaré Rosa, “Rosa del Sur” – . Esa noche escanciamos las dos últimas botellas de Viuda Clicquot (habiendo consumido el pisco a 88° 30’ sur) en honor a nuestra pequeña Rosa.

El diecinueve de febrero, irrumpió sorpresivamente Juana en Buenos Aires – “El barco,” dijo, “arribo el barco” y rompió en llanto, ella que jamás

<sup>15</sup>Ave marina depredadora.

había llorado en las semanas de dolor y agotamiento que duró la travesía.

Del viaje regresamos sanas y salvas. En 1912, el mundo entero supo que el valiente noruego Amundsen<sup>16</sup> había llegado al Polo Sur; y luego, mucho después, aparecieron las crónicas que contaban cómo el capitán Scott y sus hombres habían llegado allí, después de él, sin que ninguno regresara a casa.

A principio de ese año, Juana y yo le escribimos al capitán del *Yelcho*, pues todos los periódicos estaban atestados con noticias del rescate de Ernest Shackleton que habían efectuado con gallardía y valor la tripulación del *Yelcho* en la Isla Elefante; queríamos felicitarlo y agradecerle una vez más su valiosísima ayuda. Jamás ha revelado una sola palabra de nuestro secreto. Luis Pardo es un hombre de palabra.

Agrego esta última nota en 1929.

Durante estos años hemos perdido contacto las unas con las otras. Es muy difícil reunirse para las mujeres que como nosotras vivimos tan lejos las unas de las otras. Desde que Juana falleció, no he vuelto a ver a ninguna de mis antiguas compañeras de travesía en trineo, aunque a veces nos escribimos. Nuestra pequeña Rosa del Sur murió de escarlatina a la edad de cinco años. Teresa tuvo muchos más hijos. Carlota abrazó los hábitos en Santiago hace diez años. Ahora estamos viejas con esposos viejos, hijos grandes y nietos que quizás algún día quieran leer algo acerca de la Expedición. Aunque se avergüencen de tener una abuela chiflada, se gozaran el secreto. ¡Pero ellos no deben permitir que el Sr. Amundsen lo sepa! Se llenaría de pena y decepción. No hace falta que lo sepan ni él ni nadie fuera de mi familia. Por eso no dejamos ni una huella siquiera.

<sup>16</sup> Roald Amundsen (1872-1928): explorador noruego, el primer hombre que conquistó el Polo Sur.

